

CAPITULO III.

Viaje al Convento de El Desierto de La Candelaria.--El día 2 de Febrero.--Instalación de la Comunidad.--Nuestro regreso á Bogotá.--Ocupaciones en Bogotá.--Muerte del Reverendo Padre Bustamante.--Segunda Misión que llega de España. De visita con el Ilustrísimo Señor Velscoo.--Expedición á los Llanos de Casanare.--Cartas del Muy Reverendo Padre Moreno.--Cartas 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª.--Muerte de Nuestro Padre Gabino y nuevo Vicario Apostólico.

I

Hasta el día 14 permanecimos en la capital, dando noticias de la salud del Ilustrísimo Señor Arzobispo Paul á los señores Canónigos y á cuantas personas nos preguntaban por él, que no eran pocas, y esto indica el interés que tenían por su restablecimiento; y en el día mencionado salimos en carruaje de Bogotá con dirección á nuestro Convento de El Desierto. De paso conocimos á Chapinero, llamando nuestra atención la hermosa iglesia que están construyendo, dedicada á Nuestra Señora de Lourdes, y las bonitas quintas que adornan aquel lugar. Almorzamos en el Puente del Común, seguimos nuestro viaje hasta *El Callao*, y pernoctamos en Casablanca, propiedad del señor D. Hipólito Nieto y familia, quien nos recibió, agasajó y cuidó, cual si fuéramos de la casa viejos amigos. ¡Cómo iba abundando en nuestros corazones la bella flor de la gratitud, y cómo nos complacía

encontrar personas tan llenas del espíritu de Dios, tan generosas con sus Ministros, y bien complacientes y obsequiosas con quienes por vez primera conocían! Agradabilísimo desencanto para nosotros que, siendo españolas, creíamos que no pocas nos habrían de mirar en este país con muestras de poca simpatía; empero, nos íbamos convenciendo, que son los buenos los que aún antipatizan con los que, en expresión de ellos, fueron tiranos del país.

Salimos de Casablanca Nuestro Padre Moreno y yo, que no otros éramos los viajeros, y después de un camino no tan bueno como el de la capital hasta *El Callao*, llegamos á Cucunubá, siendo fraternalmente recibidos por el Reverendo Padre Bonifacio Giraldo, religioso candelario del país y Cura de aquel pueblo, á quien dimos estrecho y cordial abrazo, pues desde luego traslucimos, al través de sus modales y trato, la nobleza de su carácter y la bondad de su corazón. Y no tuvimos que sufrir desilusión ninguna, antes nos confirmámos más y más en nuestro parecer, porque sus obras no lo desmintieron. Algo y más que algo quisiera dejar consignado en estos apuntes, de lo que el Padre Giraldo mereció ante Dios y ante la sociedad, cuando fue desterrado de su caro país por el *peccado* de no querer obedecer inicuas leyes, pero quizá en otra ocasión podré hacerlo con mayor riqueza de datos, así como también deseo hacerlo de otros Padres que corrieron la misma suerte por idéntico motivo.

De Cucunubá, y acompañados del buen Padre Bonifacio, fuimos á dar á Guachetá, posando en casa

del señor Cura, doctor Jacob Gómez, que rivalizó en obsequios con los que hasta allí nos habían atendido, y del cual nos separámos con pena para seguir nuestro viaje. Y al pasar por Lenguazaque y conocer allí al doctor Cuevas, ¡no dejaré escrito aquí algo de lo bien que nos impresionó su jovial carácter, la vista de su habitación, museo de curiosidades? ¡Que Dios le pague y pague á todos tanta bondad como nos mostráron en el viaje que voy refiriendo!

Y subimos y bajámos cuestras, y al fin divisámos nuestro Convento de El Desierto de La Candelaria. ¡Con qué respeto y veneración nos descubrimos y saludámos desde la altura á la Virgen Santísima, cuya bellísima imagen se venera allí en el misterio de su Purificación, y á aquella casa, morada de tan esclarecidos siervos de Dios, como el Venerable Padre Mateo Delgado, sus compañeros y los que salieron de allí á fundar nuevos conventos!

Al empezar el descenso de la cuesta que da al vallecito en que está situado el Convento nos esperaba el Muy Reverendo Padre Bustamante, de quien yá tienen noticia y conocimiento mis lectores, y un cohete disparado por él, señal convenida de nuestra llegada, fue contestado en la llanura por otro y ciento, con que los moradores del Convento y lugares circunvecinos ponían bello florón en la corona de obsequios y atenciones de que habíamos sido objeto en nuestro viaje. ¡Bendito sea Dios!

Y fue en la tarde del día 17 de Enero que hicimos nuestra entrada en el Convento de El Desierto de La Candelaria, donde dimos apretado abrazo de frater-

nal cariño á los que entonces eran sus moradores, y nos apresurámos á ir á la iglesia para rendir adoración al Dios de nuestros altares, y saludar reverentes y fervorosos á Nuestra Señora y bendita Madre. Instalados en nuestras respectivas celdas, dimos un poco de expansión á nuestros diuinos, admirando la bella posición topográfica que ocupa el Convento, edificio en cuadro, con dos pisos sobre terreno firme y plano, capaz de dar albergue á una comunidad de veinte y hasta treinta religiosos.

Próxima yá la fiesta del Convento, que así se puede llamar la de Nuestra Señora en el misterio de su Purificación, no nos faltó en qué ocuparnos, pues yá empezaba á venir gente á confesarse, y principió la Novena con toda la pompa y solemnidad que nos permitían las circunstancias.

II

"La religión, á cuya voz, según frase de los Sagrados Escritores, se pueblan y florecen los desiertos, habla llevado al de La Candelaria una multitud de gente de todas las poblaciones comarcanas." Así empezaba á relatar D. A. N. (de Tunja) una de las fiestas celebradas posteriormente en el Convento de La Candelaria, y no tengo inconveniente en hacer más estas palabras, porque igualmente son ciertas al querer referir la fiesta del día 2 de Febrero de 1889, é igualmente me apropio las que siguen, que son del mismo señor, pero que vienen aquí como de molde. "La quietud y silencio de aquellos sitios reti-

rados del bullicio de las ciudades, el aspecto pintoresco del vallecito en cuyo centro se alza, como un nido fabricado para las almas, la casa religiosa con sus amenos huertos, el canto melodioso de las aves de los climas templados, el murmurio apacible del río que pasa resbalando sus cristalinas aguas bajo la sombra de los alisos, el claro oscuro de la nave del templo que incita á la oración, todo contribuye á hacer del Desierto uno de aquellos lugares privilegiados á donde las almas que perdieron la paz y el albor inmaculado del alba en los caminos del mundo, vienen á recobrar su dicha y su pristina hermosura.

“Largos años el nido abandonado no tuvo aves canoras que hicieran resonar los aires con celestiales melodías; hoy, por misteriosas vicisitudes de los tiempos, los hijos de la familia agustiniana han vuelto á ocupar este monasterio fundado por un religioso de su Orden, Fray Mateo Delgado de los Angeles. Que no es raro ver realizado en los humanos acontecimientos el viejo proverbio: *después de los años mil.....*” (De *El Revisor Católico* de Tunja, año IV, número 11, página 127).

Desde el principio de la Novena, que precedió al día 2 de Febrero, empezó, según queda ya indicado, la afluencia de gente de los pueblos comarcanos y aun de algunos bien distantes, y cada día aumentaba, calculándose que habría el día de la fiesta más de dos mil almas, número que si en sí es pequeño relativamente, resulta casi increíble teniendo en cuenta que en El Desierto no puede la gente pasar la noche sino al sereno, y por consiguiente son pocas

las personas que se aventuran á hacer un viaje de tanta incomodidad; por otra parte, los pueblos comarcanos son pequeños, y, aunque relativamente cerca, no pueden dar gran contingente de personal en el citado lugar. Resulta, por tanto, que el concurso de gente era extraordinario, y si se hace notar que en el día de la fiesta comulgaron más de mil personas, es también consolador para las buenas almas, que, al tributar rendido culto á la Madre de Dios y de los hombres, anhelan que crezca el fervor religioso y se patenticen el amor y la fe en las obras, según aquello de "obras son amores y no buenas razones."

Llegó la víspera del día 2, y á las tres y media p. m. las campanas anunciaron solemnes vísperas, que cantaron los Religiosos de la Comunidad. Terminadas éstas, subió al púlpito el que esto escribe, y después de saludar con entusiasta exabrupto á la Santísima Virgen, ofreciéndole sus humildes servicios y el primer saludo al exhibirse al público por primera vez en este país, saludó al numeroso auditorio que llenaba la iglesia y les habló de la devoción á la Santísima Virgen, dándoles reglas para celebrar sus fiestas con provecho y fruto para sus almas.

Por la noche hubo fuegos artificiales, y era de ver al través del resplandor que irradiaban las hogueras ó candeladas, el ameno espectáculo que presentaba á la vista la anchurosa plaza que sirve como de vestíbulo al Convento. El suelo de dicha plaza estaba tapizado de un verde oscuro, que servía de mullida alfombra á la muchedumbre, reinaba la alegría, y el contento se dibujaba en todos los semblan-

tea. Sereno y despejado el cielo, formaba gracioso y caprichoso contraste el fulgor de las estrellas con la luz y el reflejo de los cohetes que, hendiendo los aires, parecía anhelaban disputarles su elevadísima morada. Destacábase entre la multitud el blanquear de los toldos-tiendas en donde se expendía la *sabrosa chicha*, sin que ésta se bebiera con exceso, pues no hubo que lamentar ningún accidente desagradable, y reinó el mayor orden, hasta muy entrada la noche, recogién-dose luego todos del mejor modo que pudieron, para saludar la aurora del siguiente día con un himno de entusiasmo á la Reina de los Cielos y de la tierra, en cuyo honor se iba á celebrar solemne fiesta.

Amaneció el día 2, encontrando á los Reveren-dos Padres candelarios en los confesonarios, en donde desde las cuatro de la mañana impartían la indul-gencia, el perdón y las gracias de Dios á los fieles, que, contritos y humillados, confesaban sus pecados, sin tener esta tarea otra interrupción que el tiempo preciso para decir la Misa, ayudar en la fiesta y pro-cesión, y tomar el alimento necesario para la vida, pues el resto del día permanecieron fijos en sus confesonarios, llegando hasta el extremo de dar comunión á las cinco de la tarde; y verdaderamente no se sabe qué admirar más en este caso, si el rudo y constante trabajo de los Padres, ó el aguantar en ayunas todo el día de aquellos pobres indios que, en el anhelo de ganar el Jubileo, según ellos decían, esperaban que les llegara el turno para comul-gar á hora tan avanzada del día. *Amor vincit omnia.*

La fiesta principió á las ocho y media con la ben-dición de candelas y procesión (y como va resultan-

do este párrafo un poco largo, procuraré ser conciso en lo que resta). Siguió la Misa solemne, magistralmente cantada en el altar y coro por los religiosos de la Comunidad, estando el sermón á cargo del Muy Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno, Superior del Convento y de la Orden en Colombia, quien cumplió bien su cometido, dejando satisfecho y bien impresionado al auditorio. Terminóse la fiesta de la mañana á las once. Por la tarde se cantó solemne Salve, y ya queda dicho que todo lo demás del tiempo lo pasaron los Padres en el confesonario.

Al siguiente día aún hubo bastante gente de confesión; también se cantó solemne Misa y Salves, por encargo de la piedad de los fieles. Aunque el día 4 quedaban algunas personas en la plaza, el día 5 ya parecía aquello lo que ordinariamente es: un desierto.

III

Y nada más solemne ni majestuoso que ese silencio, que se hace más sensible en el callar de la naturaleza, cuando sigue al bullicio de una fiesta, y como queriendo aprovechar tan solemne ocasión y porque así tenía que hacerse, nuestro Padre Superior, reuniéndonos en su celda-habitación, é invocado el nombre de Dios, nos exhortó á la fiel observancia de nuestras Sagradas leyes, y con las formas prescritas por ellas, dejó instalada la Comunidad en El Desierto de La Candelaria, nombrando Prior del Convento y

Maestro de Novicios al Reverendo Padre Ramón Miramón de la Purísima Concepción, y Subprior al Padre Fray Gregorio Segura del Carmen.

Así quedó establecida la observancia de la regla del Gran Padre San Agustín en aquella santa casa, en la que en otro tiempo había resonado con tanto ardor el eco potente de la religiosa corporación que fundara tan Gran Padre, y convertida por espacio de varios años, por obra y arte de la revolución, en ruinoso edificio y desolada habitación, que si volvía á su pristino estado, y se veía refeccionado y aumentado, era debido al esfuerzo, laboriosidad y celo del Reverendo Padre Bustamante.

Séame permitido hacer una ligera reseña de la iglesia, parte la más interesante del edificio del Convento, ya que me la facilitan los apuntes que hice en esta ocasión. Forma la obra de la iglesia, sin sus dependencias, un rectángulo, elevándose la parte que corresponde al Presbiterio sobre la del cuerpo del templo. El retablo del altar mayor es todo dorado con adornos de relieve, tiene siete arnacias ó nichos en los que hay otras tantas imágenes de bulto y ocupa el centro el cuadro en que está pintada la imagen de la Santísima Virgen en el misterio de su Purificación. También tiene seis altares laterales, tres en cada lado de la única nave que la forma; los del lado de la Epístola están dedicados: el primero á la Purísima Concepción, de la que existe una regular imagen de bulto; el segundo, al *Ecce-homo* del cual también hay imagen, y el tercero, á la Virgen del Rosario, que es un lienzo pintado; los del lado

del Evangelio están dedicados ; el primero, á San José, que es de bulto; el segundo, á San Roque, también de bulto, y el tercero, á la Soledad, pintada en madera. Tiene coro alto bastante espacioso, con sillería de nogal, trabajo sencillo, y que presenta con toda la iglesia un conjunto agradable y armonioso, que, con la tibia luz que baña el templo, estimula al alma al recogimiento y á la oración.

IV

Con la pomposa celebración de la fiesta de Nuestra Señora de La Candelaria, y la instalación de la Comunidad en el Convento de El Desierto, en el cual, desde aquel memorable día, quedaba abierta la puerta á cuantos jóvenes varones, respondiendo á la vocación religiosa, quisiesen pertenecer á la milicia de Cristo en la Orden agustiniana reformada, quedaba por entonces terminada la misión de nuestro Padre Superior en aquel lugar, y determinó regresar á la capital, en la que debía residir, y, designando por compañero al que esto escribe, salimos de nuestro Convento de El Desierto el día 13 de Febrero del año que dejo anotado, en el cual tuvieron lugar los sucesos que vengo refiriendo.

Cuantas personas tuvieron la bondad de atendernos y obsequiarnos en nuestro viaje de ida, lo hicieron también á nuestro regreso, obligando más y más nuestro reconocimiento y gratitud.

Al pasar por Cucunubá nos detuvimos en casa del Reverendo Padre Bonifacio, y ésta, aprovechando la

ocasión, nos invitó á celebrar una función de rogativa á fin de implorar del Cielo el beneficio del agua, porque el verano estaba agostando los campos; accedimos gustosos y tuvimos positiva satisfacción porque se nos brindaba la ocasión en que de alguna manera pudiéramos manifestar al Reverendo Padre Giraldo nuestra gratitud por todas sus bondades. Se hizo, pues, solemne fiesta de rogativa; me tocó el sermón, y después de terminada la Misa se organizó una hermosa procesión que recorrió el pueblo, aun por sus afueras, con numeroso concurso de fieles que, en fervientes plegarias, pedían al Cielo la lluvia para sus campos. Indudablemente hallarían eco en el trono del Todopoderoso tantas oraciones salidas del corazón, pues Dios Nuestro Señor nos gana en generosidad siempre que ve nuestras almas bien dispuestas.

Por vía de recreo y distracción aceptámos la idea que el Padre Bonifacio emitió para hacer un paseo á Ubaté, y lo hicimos visitando la población; llegámos á un sitio llamado *Aposentos*, en donde los Reverendos Padres franciscanos estaban construyendo un Convento con el objeto, nos dijeron, de establecer allí el Noviciado. Nos pareció magnífica la idea, porque el lugar es muy adecuado para el caso.

En la población de Ubaté conocimos al Muy Reverendo Padre Virgilio Rodríguez, de la Orden de San Francisco, quien nos recibió, atendió y obsequió galantemente, y nos acompañó en la visita que hicimos á la iglesia, mostrándonos de un modo especial la milagrosa efigie del Crucificado, y refiriéndonos su maravillosa veneración. Muy agradecidos

del trato fino y exquisita cultura del citado Padre, nos despedimos de él y de otras personas que allí conocimos, y regresámos á Cucunubá, siguiendo al otro día nuestro viaje hasta Casablanca, y de aquí á la capital de la República, donde llegámos el día 18 de Febrero.

V

Otra vez en Bogotá, y en la casita del Padre Victorino Rocha, muy reducida por cierto, pero sia que por entonces pudiéramos remediarlo, tracámos nuestro plan de vida y empezámos á ocuparnos en el ejercicio de las funciones de nuestro sagrado ministerio. Confesar, predicar, asistir enfermos, auxiliar moribundos, poner nuestro contingente en los ejercicios y espirituales retiros que con tanta frecuencia se dan en Bogotá en favor de todos, pobres y ricos, ya fuesen ancianos, ya niños, tales eran los quehaceres que nos absorbían el tiempo, aparte de las ocupaciones de conciencia y privadas, tales como rezo del oficio divino, oración, etc., que no pocos días nos veíamos precisados á cumplir de noche, por haber estado todo el día ocupados en los ya mencionados quehaceres.

En la Cuaresma, que empezó luégo de llegar nosotros á Bogotá, estuvimos encargados de los sermones de feria en la iglesia de San Agustín, y en la nuestra de La Candelaria.

En atención á que los lauros obtenidos por un miembro de un cuerpo moral, son más del cuerpo que de la parte que los obtiene, y lo que se dice de

un individuo perteneciente á una comunidad, si es bueno y laudable, redundada en honor y prez de la misma comunidad, creería censurable no dejar consignado en este escrito lo relativo á nuestros trabajos apostólicos, y que salió á luz en los periódicos de la capital; por esto, pues, y sin desdoro de la preciosa virtud de la humildad, pues seguros catamos y firmemente creemos que toda la gloria y todo el honor se debe á Dios, incluiré en estos apuntes cuanto ha llegado á mis manos, escrito en alabanza de los Padres candelarios.

Copia de *El Telegrama*, correspondiente al día 11 de Marzo, lo que sigue:

“En la noche del día 8 del corriente mes, en la iglesia de San Agustín, principió las ferias de Cuaresma el Muy Reverendo Padre español Fray Santiago Matute, de la Orden de Agustinos descalzos. Su piadoso y doctrinal discurso sobre ‘Perdón de las injurias,’ conmovió profundamente al numeroso auditorio, manifestándose así la dulce elocuencia del evangélico orador.”

Del mismo periódico, días después, tomo lo siguiente:

“Las funciones en el templo de San Agustín continúan con lucimiento. El sermón, predicado por otro de los Padres agustinos descalzos españoles (el Padre Ezequiel Moreno), el viernes 15, conmovió de tal manera, que vimos derramar muchas lágrimas.”

En el número 604 de *El Telegrama* (no leíamos entonces otro periódico), correspondiente al 29 de Enero, es lea este suelto:

“En uno de nuestros números (no sé cual, pues pasó inadvertido para nosotros, ó fue durante nuestra ausencia), dimos cuenta de la llegada á Colombia de siete Religiosos españoles, agustinos descalzos: cinco de ellos siguieron de la Sabana, sin tocar en la capital, para El Desierto, por cuanto no había donde alojarlos; los dos que vinieron á la ciudad, el Superior y el compañero, hicieron, como dijimos, viaje á Anapoima para tener el gusto de conocer y tratar al Ilustrísimo Señor Arzobispo, regresaron y desde el 14 del presente siguieron también para El Desierto. Parece que se han ido contentos y satisfechos por la franca hospitalidad de su Provincial; este religioso es tan bondadoso y amante de sus hermanos religiosos y de la prosperidad de la Orden, que hace tiempo que, con laudable esfuerzo y gran interés, pidió á su General que le enviase unos religiosos á propósito para restablecer la Comunidad que tantos bienes ha hecho siempre á la Iglesia y á los pueblos. Estos buenos religiosos van, pues, á refugiarse á una casa situada en un lugar solitario, que es lo único que les queda: tienen que refugiarse en las ruinas que amontonó la tormenta. Por tanto, excitamos á nuestros buenos compatriotas para que presten apoyo á esos religiosos, que debemos conservar como una reliquia. Felicitamos al Reverendo Padre Rocha porque al fin Dios le concedió lo que tanto deseaba.”

El día 29 de Marzo tuvo lugar en la iglesia de San Agustín un acto fierísimo, conmovedor. Adornadas las columnas del espacioso templo con las

banderas nacionales, ocupaba el centro el Batallón *Granaderos*, vestido de gala. Preparábase para recibir la sagrada Comunión, con la que terminaban los ejercicios espirituales que habían tenido los soldados de dicho Batallón. Por invitación y ruego del Capellán del Ejército y de los Jefes del Batallón me encargué de los fervorines ó pláticas para la Comunión, y lo hice como Dios supo inspirarme. Honró y solemnizó esta función con su presencia el Excelentísimo Señor D. Carlos Holguín, Vicepresidente de la República, y fue verdaderamente imponente el instante en que, repartida por tres sacerdotes, fueron recibiendo los soldados la santa Comunión; mientras duraba tan tierno acto, la banda del Batallón ejecutaba piezas adecuadas á las circunstancias, elevando ó ayudando á elevar las almas con sus armonías á las altas regiones del Cielo.

En el número 649 del diario *El Telegrama*, correspondiente al 1.º de Abril de 1889, se lee lo siguiente:

*“Ejercicios espirituales en San Agustín.—*Ayer, 29 del presente, terminaron en aquella iglesia los del Batallón *Granaderos* número 1.º, con los actos siguientes: á las seis de la mañana, Misa del Capellán de la iglesia; á las seis y media, Misa con asistencia del Batallón; á las siete, plática preparatoria para la Comunión, improvisación del Reverendo Padre Agustino descalzo español Fray Santiago Matute; en seguida la Misa y distribución del Pan Eucarístico, plática de acción de gracias por el citado orador... (aquí continúa describiendo el atavío y adorno del

templo; agradece la selecta concurrencia que asistió, respondiendo á previa invitación, da las gracias al Excelentísimo Señor Holguín), y continúa diciendo: "Las pláticas del Padre Matute y la hermosa y patética peroración atrajo al templo imponente majestad, y al ánimo de la concurrencia fervorosa y dulce alegría. Nuestros parabienes al Batallón, modelo por cualquier parte que se le considere; á sus dignos Jefes, á los señores Capellanes del Ejército y de esa iglesia, á tan ilustrados oradores (habían predicado también en los ejercicios el Padre Moreno y el doctor Cortés) y á la Academia."

El día 5 del mismo mes de Abril, y á última hora, llegó á la casa de residencias que tenemos en Bogotá un comisionado por el Capellán general del Ejército, doctor D. Pedro M. Briceno, á suplicar á nuestro Padre Superior para que fuese uno de nosotros á predicar el sermón de Perseverancia á otro Batallón, que terminaba tres días de retiro en la iglesia de San Agustín; me mandó el Superior, y fui y les prediqué; por la tarde tuve que volver á predicar en la misma iglesia el sermón de feria.

Por estos días el señor Cura de Suba, que daba en su Parroquia unos días de santo retiro para hombres, mandó un propio para recabar del Padre Superior fuésemos á confesar y predicar; me tocó en suerte ir á ejercer ambas funciones de mi agrado ministerio, y tanto los ejercitantes como el señor Cura quedaron contentos y satisfechos.

Nuestras ocupaciones en Bogotá, como podrán ir viendo mis lectoras por las muestras que dejo ano-

tadas, eran incesantes; y no me detengo á referir que teníamos á nuestra dirección espiritual las alumnas del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, dirigido por la señorita Pilar Salas, en el que había cerca de cien señoritas de lo más escogido de la sociedad, á las que confesábamos semanalmente, dábamos retiros espirituales, etc.; que confesábamos también todas las semanas en tres Conventos de monjas, que me había hecho cargo por ruego é instancias de los interesados de la Congregación de San Luis Gonzaga, y de las dos Academias de la misma Congregación, fundando un periódico-revista bimensual, que redactaba en su mayor parte; que á todas horas nos tenían dispuestos para ir, ya á la casa de ejercicios, ya al Panóptico, ya á la Cárcel de detenidos y, en fin, á cuantas partes nos llamaban para prestar los auxilios de la Religión.

Aládase á todo esto el sostenimiento del culto en nuestra iglesia, en la que se celebró con pompa inusitada y singular esplendor la gran fiesta de la Conversión de nuestro Padre San Agustín, con asistencia del Cabildo Catedral, del Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República, representaciones de las Comunidades religiosas, de muchos sacerdotes y distinguidos personajes, con un concurso de fieles que llenó la iglesia por completo, estando el sermón, que fue elocuente, á cargo del Muy Reverendo Padre Moreno.

También dimos en Fusagasugá unos ejercicios-misiones para hombres, y si muy rendidos quedamos por el excesivo trabajo, no menos fue nuestra satis-

facción por el brillante éxito obtenido por la gracia de Nuestro Señor. Al regresar á la capital nos acercámos á conocer el Salto de Tequendama, pudiendo admirar de cerca esta horrible á la par que imponente y hermosa maravilla de la naturaleza.

Onito, en fin, en obsequio de la brevedad, la relación de la bella fiesta que se hizo en Casablanca (de los señores Nieto), en la que no llevámos la menor parte del trabajo: la gran función de San Luis Gonzaga en Usaquén; las fiestas del *Corpus* en varias iglesias de la capital, en las cuales predicámos; y como remate de este parágrafo, que yá es excepcionalmente extenso, copio del número 726 de *El Telegrama*, correspondiente al día 12 de Julio, el siguiente suelto:

“La Congregación de San Luis Gonzaga, establecida en esta ciudad desde el año de 1877, celebró la fiesta anual de su Santo Patrono, el domingo 7 de los corrientes, en la iglesia de La Enseñanza. Esta solemnidad principió desde las siete de la mañana, hora en que, con piedad edificante, se acercaron á la Sagrada Mesa los niños congregantes. A las nueve se celebró la Misa de la fiesta, y ocupó la cátedra sagrada el Subdirector de la Congregación, Muy Reverendo Padre Fray Santiago Matute; su palabra elocuente y llena de santa unción dejó gratamente conmovido al escogido auditorio. A la una de la tarde se celebró la velada literaria de la Academia de San Luis Gonzaga, y si los discursos pronunciados por los socios merecieron la aprobación general, la lujosa composición en verso que, para ter-

minar el acto, recitó á San Luis el digno Superior de la Academia, Reverendo Padre Matute, hizo visible el aplauso de los caballeros y señoras que se hallaban presentes. La función de la tarde no estuvo menos solemne, presidida como fue por el Ilustrísimo Señor Doctor Higuera, quien, revestido de pontifical, hizo la procesión por el interior del templo, que se encontraba modestamente engalanado, llevando en sus manos, bajo el palio, la sagrada reliquia de San Luis, y exponiéndola en seguida á la veneración de los congregantes y demás fieles; verificado esto, volvió á ocupar la tribuna sagrada el Muy Reverendo Padre Matute, finalizando la fiesta con la bendición de su Divina Majestad. La orquesta, igualmente, estuvo á la altura de esta gran solemnidad. ¡ Que Dios premie la infatigable constancia del Director, señor Presbítero doctor Rodríguez, así como el ardoroso celo é interés del Muy Reverendo Padre Subdirector!

“ Bogotá, Julio 10 de 1889.

“ *Varios padres de familia.*”

VI

Segunda vez volvimos á nuestro Convento de El Desierto para ver cómo marchaban allí las cosas, y en el trayecto fuimos haciendo bien en favor de las almas, confesando y predicando, á imitación del Divino Maestro. A nuestro regreso á la capital, y ya próxima la festividad de Nuestra Señora del Carmen, cuya devoción es general y casi raya en delirio, debido al infatigable celo y ardoroso entusiasmo del

señor Canónigo doctor Zaldúa, nos esperaba la gente co nabelo, agrupada en rededor de los confesonarios, y verdaderamente fue abrumador el trabajo; la afluencia de ésta para confesarse en cuantas iglesias de la capital hay confesores, es indescriptible; hay que presenciar esto, si nó no se comprende. El número de comuniones que en todas las iglesias se dan en el día de la Virgen del Carmen en Bogotá, lo calculan, y creo que no hay exageración, en cuarenta mil; en solo nuestra iglesia se dieron en este año cerca de dos mil, y de aquí, si se saca en consecuencia la piedad y devoción de los fieles, no se deduce menos la ruda labor de los sacerdotes.

El día 15, al salir Nuestro Padre Ezequiel del confesonario, recibió un telegrama en que le comunicaban la muerte del Reverendo Padre Bustamante, acaecida en Ráquira el día anterior, á las doce de la noche, después de haber recibido fervorosamente los Santos Sacramentos. Inesperada noticia que no nos impresionó poco, pues apenas sabíamos que estaba delicado, en cama, hacía unos pocos días. En Ráquira,

El Desierto y sus inmediaciones, fué muy sentida la muerte del Reverendo Padre Bustamante, quien rindió su jornada en esta vida después de haber trabajado como bueno en disponer las cosas de tal manera, que con él no murieran sus proyectos de restauración en la religiosa Provincia, que tanto amaba. Si aún nos podía haber servido de mucho, pudo, sin embargo, exhalar su postrer suspiro, asistido por sus hermanos de religión, con el dulce consuelo de dejar ya sembrada la semilla, que había de producir el deseado fruto. Conocido como era el Padre Bustamante

aun en la misma capital (Bogotá), en donde regentó en un tiempo el curato de la Parroquia de Santa Bárbara, y escrito lo que queda en el parágrafo III y siguientes del capítulo I de estos apuntes, no creo necesaria una extensa biografía, que reservo para otra ocasión.

En el Convento de El Desierto se le hicieron solemnes funerales, y su cadáver quedó sepultado en el cementerio del Convento. En Bogotá también le hicimos horas, y allá en el Cielo recibiría, sin duda, el galardón y premio merecido á sus méritos y virtudes por la gracia de Nuestro Señor. Descance en paz el soldado de Cristo, discípulo del Maestro Divino é hijo del Gran Padre de la Iglesia, San Agustín.

VII

Mientras en España se organizaba la segunda misión á Colombia, por el celo, actividad y entusiasmo de nuestro Padre Vicario General, Reverendísimo Fray Gabino Sánchez de la Concepción, en nuestro Convento de El Desierto, á donde fuimos á celebrar la fiesta de nuestro Gran Padre San Agustín y las Cuarenta Horas que á ella siguen, de todas las cuales se podría decir lo que dejó escrito en el parágrafo II de este capítulo, vestían nuestro santo hábito siete jóvenes del país, quienes empezaban su año de probación ó noviciado, con sensible entusiasmo y fervor.

Regresámos á Bogotá el día 4 de Septiembre

para hacer los preparativos de la fiesta del Gran Taurmaturgo San Nicolás de Tolentino. De esta fiesta se lee en el número 412 del periódico *La Nación*, correspondiente al día 24 de Septiembre de 1889, lo que sigue :

“Los Reverendos Padres agustinos descalzos celebraron con pompa y solemnidad la fiesta de su Santo titular San Nicolás de Tolentino; el sermón, á cargo del Reverendo Padre Matute, estuvo magistral como todos los que él pronuncia. Parece que esta Corporación reverdece y crece como rosa nacida después del invierno. Dios le depara tanta gloria como tuvo en mejores días.—P. M. B.”

El día 8 de Octubre me fue entregada una carta, que decía así :

“Teresa B. de Samper, Directora saliente de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, saluda respetuosamente al Reverendo Padre Santiago Matute, incluyéndole el estipendio de la plática del domingo 6 de los corrientes, que fue tan hermosa y tan práctica al mismo tiempo. Y siendo esta la última vez en que, como Directora, tendré el honor de dirigirse al Reverendo Padre, aprovecha la ocasión de darles, tanto á usted como al Reverendo Padre Moreno, las más expresivas gracias por las bondades que de ambos ha recibido durante el período en que ejerció su empleo. Gran consuelo para ella es la seguridad que tiene de que el Sagrado Corazón de Jesús pagará á los Reverendos Padres Moreno y Matute la inalterable paciencia que con ella han practicado, así como la prontitud con que tantas veces se

han prestado á favorecer á la Congregación con el fervor y la elocuencia de su inspirada palabra.

“Bogotá, Octubre 8 de 1889.

“Al Muy Reverendo Padre Santiago Matute.”

Esperando de un día á otro noticias de España para saber algo de la nueva misión que nos habían anunciado, se iban pasando hasta los meses, y llegó la festividad de la Inmaculada Concepción, que con tan grande entusiasmo se celebra en la capital de esta República, y tomó creces nuestro trabajo cotidiano de confesonario, sin que nos dispensaran de cantar las glorias de la Purísima Virgen.

En el número 435 de *La Nación*, correspondiente al día 13 de Diciembre del año de 1889, se lee lo que sigue :

“*Revista religiosa.*—La fiesta de la Inmaculada se celebró en todas las iglesias de la capital de la República. La Congregación de artesanos honró á la Virgen Santísima con la recepción de los Santos Sacramentos. El Muy Reverendo Padre Santiago Matute hizo un panegírico á los artesanos, en el cual manifestó el celo y unción de que está poseído, é hizo degramar abundantes lágrimas á los oyentes.”

Nuestro Padre Ezequiel predicó por la tarde en La Catedral, dejando muy complacido y satisfecho al numeroso auditorio que llenaba el espacioso templo.

Y predicando y confesando, y llenando el tiempo con las ocupaciones que dejó anotadas en el párrafo v de estos apuntes, se llegó el mes de Junio. El día 26 supimos que los misioneros nuestros habían llegado sin novedad á Honda; así nos lo comu-

nicó el Padre Anacleto Jiménez, quien, comisionado por Nuestro Padre Superior, fue hasta allí para recibirlos.

El día 28, en el tren que parte á las nueve a. m. para Facatativá, salí de la capital con el objeto de cumplir el compromiso de predicar dos sermones en Madrid (Serrezuela), y recibir á los misioneros; ambas cosas hice, y después de abrazarlos en Facatativá y solemnizar con su presencia y ayudar á la fiesta del Corpus en Madrid, que, por fortuna, le salió lucidísima al señor Cura, seguimos para la capital, en donde entrámos á las cuatro p. m., llegando á nuestra iglesia en medio del tañido de sonoras campanas y sendos cobetones que disparaban desde la torre, en señal de alegría, por la llegada de los nuevos misioneros, que eran éstos: Padre Fray Manuel Fernández de San José, Padre Fray Marcos Bartolomé de la Soledad, Padre Fray Antonino Caballero de la Concepción, Padre Fray Marcelino Ganuza de la Virgen de Jerusalén, Hermano lego Fray Canuto Gambarte de la Concepción, y Hermano lego Fray Robustiano Erice de los Sagrados Corazones. En la puerta de la iglesia fueron recibidos los misioneros por Nuestro Padre Superior y demás Padres de la Comunidad, y ya en ella, y todos de rodillas en el Presbiterio, se cantó un solemne *Te Deum*, en acción de gracias al Todopoderoso por haber traído sin novedad á estos nuevos operarios de su viña.

En este año de 1890 (que fue en el que llegó la segunda misión, en el mes de Junio), habíase transferido la fiesta de la Conversión de Nuestro Padre San

Agustín para cuando estuvieran os nuevos misioneros, y apenas llegaron se celebró ésta con inusitada pompa y esplendor.

Terminada la fiesta del Carmen, los nuevos misioneros, acompañados del Padre Anacleto, excepto el Padre Manuel y Hermano Robustiano, marcharon para nuestro Convento de El Desierto.

VIII

El día 20 de Julio del año de 1890 recibió Nuestro Padre Ezequiel un telegrama del Ilustrísimo Señor Arzobispo de Bogotá, en el que nos suplicaba fuésemos á Fusagasugá, donde él se encontraba, para que le acompañáramos en la Visita Pastoral que iba á practicar por varios pueblos del Sur de la Arquidiócesis. Accedió gustoso Nuestro Padre, y el día 22 nos pusimos en camino, habiéndonos caído torrencial aguacero en el monte; llegamos á las ocho de la noche al pueblo de Fusagasugá, en donde tuvimos el gusto de besar con cariño y respeto el anillo pastoral del Ilustrísimo Señor Velasco. Afanóse éste al vernos en tal estado, y dio todas las órdenes del caso para que nos atendieran y cuidaran, como lo hicieron solícitos en la casa cural, que servía de hospedaje al Señor Arzobispo, y en la que también moráramos nosotros.

Al día siguiente empezó la visita, que se convirtió en tres días de misión, predicando y confesando sin cesar; el fruto fue abundante, y hubo muchísimas comuniones, terminándose la visita el 25 por

la noche con un precioso y valiente sermón del Señor Velasco contra los mercados en días de fiesta de precepto.

El 26, á las diez a. m., salimos para el pueblo de Tibacuy, al que llegamos bajo arcos de ramas y flores, obsequio de sus moradores al Ilustrísimo Pastor, que iba á visitarlos, y acto continuo, el incansable y activo Señor Velasco abrió la visita, y empezaron las confesiones y el rudo trabajar en todo sentido, en bien de aquellas almas que, habitando no lejos de la capital, estaban en lamentable estado de ignorancia religiosa. No fue, gracias á Dios, pequeño el fruto que se cosechó en aquel lugar desolado; y, terminada la visita, volvimos grupas en dirección á una hacienda denominada *Novillero*, en donde descansó la comitiva durante un día, de la cual dos caímos enfermos, motivo por el cual regresé á Bogotá, por orden de mi Superior; en mi lugar fue el Padre Manuel, para seguir en compañía de Nuestro Padre la visita con el Ilustrísimo Señor Arzobispo, que fue rica en bendiciones y gracia para las almas de aquella región que visitó el Ilustrísimo Señor Velasco. ¡Cuánta verdad es que semeja la cristiana ciencia] sol esplendente, que difundiendo su luz, ilumina las inteligencias que están sumidas en las tinieblas de la noche del error y la ignorancia, y espereciendo por todas partes calor, reanima la naturaleza de los espíritus, mustia y abatida por las penas de la vida! ¡Bendita religión del Crucificado, sin la que sería insoportable, aún más, imposible la existencia del hombre sobre la tierra!

LX

Fue el día 7 de Noviembre de 1890 cuando Nuestro Padre Ezequiel, obedeciendo á secreto impulso que le pareció venir de lo Alto, salió de la capital en dirección á nuestro Convento de El Desierto, para consultar allí, primero con Dios, en el retiro, la empresa en que pensaba, y segundo, para ir á Tunja, en donde estaba comprometido á dar ejercicios al Clero, y consultar con el Ilustrísimo Señor Obispo Perilla la conveniencia de realizar su pensamiento. Era éste hacer una expedición á los Llanos de Casanare para explorar aquel campo y ver si se podían establecer misiones en favor y bien de aquellas pobres almas, abandonadas en su parte moral por falta de operarios evangélicos. Como se ve, el pensamiento era grandioso, pero aasaz atrevido, por todo lo que iremos viendo en las cartas que ascribió el mismo Padre Moreno. Sólo del Cielo pueden venir al hombre ideas, cuya realización se pueda obtener en virtud del auxilio que viene del mismo Cielo, y de éste vino, sin duda, la iniciativa de una empresa, llamada á ser de mucha gloria para Dios y de inmenso provecho para las almas.

Mientras en Tunja trabajaban como verdaderos Apóstoles del Señor los Padres Ezequiel y Ramón, dando ejercicios espirituales al Clero, en nuestra iglesia de La Candelaria de Bogotá tenía lugar la solemnidad anual de Cuarenta Horas, en los días 17, 18 y 19 de Diciembre.

Data desde muy antiguo la santa costumbre de hacer estas solemnísimas funciones y están enriquecidas de innumerables indulgencias y gracias que han concedido generosamente los Sumos Pontífices, en especial el actual León XIII, como se verá por el tenor de las siguientes letras, que copio de sus respectivos originales, traducidas del latín al castellano:

“León XIII. Ad perpetuam rei memoriam. Para acrecentar la religión de los fieles y la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, Nos, movidos de piadosa caridad, á todos y á cada uno de los fieles de uno y otro sexo, que con verdaderos sentimientos de penitencia, confesados y fortalecidos con la sagrada Comunión, asistieren devotamente cualquier espacio de tiempo á la oración que por Cuarenta Horas seguidas, con interrupción de las noches respectivas, tuviere lugar con licencia del Ordinario, precisamente los días 17, 18 y 19 de Diciembre en la iglesia de Agustinos descalzos de Santafé de Bogotá, y allí elevaren á Dios piadosas preces por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia, concedemos misericordiosamente en el Señor la indulgencia y remisión de sus pecados, la cual indulgencia podrá también aplicarse, por vía de sufragio, á las almas de los fieles que hayan pasado de esta vida unidas á Dios en caridad. Sin que valga otra disposición alguna en contrario, habiendo de valer las presentes para lo futuro y á perpetuidad.

“Dado en Roma, en San Pedro, bajo el ani-

llo del Pescador, día 28 de Junio de 1878, primero de nuestro Pontificado.—“Por el señor Cardenal Asquinio, *D. Jacobini*, Subp.”

“*León XIII. Ad perpetuam rei memoriam.* Habiéndose informado que en la iglesia de Agustinos descalzos de Santafé de Bogotá tiene lugar todos los años un ejercicio piadoso, al cual acuden innumerables fieles, no sólo de la misma ciudad, sino de otros puntos circunvecinos, siendo tal la concurrencia que apenas basta el espacio de quince días para confesarles y fortalecerles con el Pan celestial, Nós, para acrecentar la religión de los fieles y la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, movidos de piadosa caridad, á todos y á cada uno de los fieles que, con verdaderos sentimientos de penitencia, confesados y fortalecidos con la sagrada comunión, visitaren devotamente en uno cualquiera de los expresados quince días la referida iglesia y allí elevaren á Dios piadosas preces por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia, concedemos misericordiosamente en Dios, Plenaria Indulgencia y remisión de todos sus pecados, la cual podrá también aplicarse, por vía de sufragio, á las almas de los fieles que hayan pasado de esta vida unidos á Dios en caridad. Sin que valga en contrario otra disposición alguna. Habiendo de valer las presentes para lo futuro y á perpetuidad.

“Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, día 28 de Junio de 1878, primero de nuestro Pontificado.—Por el señor Cardenal Asquinio, *D. Jacobini*, Subp.”

X

En la revista quincenal intitulada *El Congregante de San Luis*, que hice publicar para estímulo de la juventud, que es la esperanza del porvenir, se insertaron las cartas del Muy Reverendo Padre Moreno, en ocasión en que estábamos escribiendo una colección de artículos con el epígrafe de *Estudios serios*; así se entenderá el preambulito que acompaña á la primera carta, que tomo de la dicha revista, número 20, serie II, año I, correspondiente al día 15 de Diciembre de 1890.

CRONICA DE LAS MISIONES

DE LOS REVERENDOS PADRES CADELABRIOS EN LOS LLANOS DE CASANARE

Cedo con mucho gusto el campo de mis *Estudios serios*, al asunto que indica el epígrafe que encabeza estas líneas. Lo creo de interés público, y espero no se disgustarán mis lectores, interesados como deben estar en saber, más que los progresos materiales de su suelo natal, que al fin no son los que más dignifican á los pueblos, los que se hacen en el orden moral y religioso, que éstos sí son los que en verdad inmortalizan á las naciones.

Desde hoy, pues, comienza en las columnas de esta *Revista*, la inserción de las cartas que me vaya remitiendo mi digno Superior, Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno, quien, con la abnegación y virtud que lo caracterizan, ha emprendido en compañía de dos Padres más y un Hermano lego, todos españoles, una expedición á los Llanos de Casanare, con el objeto de evangelizar á los fieles y reunir aquel disper-

so rebaso de Jesucristo. Empresa grandiosa, cuyas consecuencias deben tener en consideración todos los colombianos, para que de consuno eleven al Cielo fervorosas oraciones, que, subiendo como oloroso incienso hasta el trono del Señor, hagan descender el rocío saludable de su gracia y un raudal de bendiciones que den éxito feliz á lo que se pretende, que es: ganar almas para el Cielo y súbditos para la patria.—F. S. M.

Ahora como entonces, y en lo futuro, será igualmente interesante y conforme al objeto de estos *Apuntes* lo que en las cartas del Padre Moreno se refiere, y por esto no vacilamos en darles cabida en este libro, poniéndolas á continuación:

CARTA PRIMERA

J. M. J.

Tunja, 10 de Diciembre de 1890.

Mi querido Padre Santiago:

Yá es hora de que disponga de un poco de tiempo para poder decirle algo más extensamente lo que he ido diciéndole por telegramas.

Cuando salí de ésa, ofrecí á Vuestra Reverencia darle noticia de cuanto fuera sucediendo y de cuanto fuéramos haciendo en nuestra expedición, y doy principio por ésta á mi relato.

El día 21 del pasado mes de Noviembre salí de nuestro Convento de El Desierto de La Candelaria, en compañía del Padre Ramón, dejando en buena salud á todos los Religiosos. La salida fue en dirección á esta ciudad de Tunja, con el objeto que yá sabía Vuestra Reverencia, de dar ejercicios en esta Diócesis. Llegamos á Samacá por la mañana, y después de almorzar montámonos en los caballos para proseguir nuestro viaje, para fue tanto lo que llevé, y se puso tan resbala-

dizo el páramo, que nos vimos precisados á volver á Samacá, donde pasámos la noche.

El día 22, después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa y confesado á algunas personas, salimos para ésta, á donde llegámos sin novedad, algo más tarde de lo que hubiéramos llegado con buenos caminos, porque tuvimos que ir rodeando en varias partes para evitar los malos pasos que había.

A nuestra llegada fuimos recibidos por el Ilustrísimo Señor Obispo Perilla con afecto verdaderamente paternal; afecta que, como sabe bien Vuestra Reverencia, nos lo ha tenido desde nuestra llegada á esta tierra, que tan bien nos ha recibido, y cuyos habitantes tantas pruebas de consideración nos tienen dadas. Dios Nuestro Señor los pague todo en abundancia.

Muchos eran los sacerdotes que había en ésta cuando llegámos, y aun fueron llegando al día siguiente, 23, en que dimos principio á los santos ejercicios, predicándoles yo la plática de entrada en ellos. Sesenta y cinco sacerdotes se reunieron con el Señor Obispo á la cabeza, instalados todos en el Seminario, donde también nos alojámos nosotros. Seguí predicándoles por las tardes, y el Padre Ramón lo hizo por las mañanas, hasta el viernes 28, en que yá no pudo hacerlo porque no le permitió la enfermedad de que le he dado noticia y que hasta ahora le tiene postrado en cama. Tuve que suplirle, pero gracias á Dios, concluí los ejercicios sin la menor novedad en mi salud, y dejando á todos los ejercitantes satisfechos, según me manifestó el Ilustrísimo Señor Obispo, en presencia de todos ellos, después de haberles predicado la plática de conclusión de ejercicios. Reconozco, sin embargo, que en su bondad apreciaron mis trabajos en más de lo que valían, y yo agradezco en el alma esa fineza.

La conclusión de ejercicios tuvo lugar el martes 2 de éste al medio día, y después me han tenido ocupado predicando y confesando en varias iglesias de esta ciudad.

El día de la Purísima Concepción prediqué en la Catedral, en la Misa mayor que pontificó el Ilustrísimo Señor Obispo; por la tarde prediqué á una Congregación de señoras en la iglesia de San Francisco, animándolas á la obra tan grata á Jesús Sacramentado, de la Adoración Perpetua.

El cuidado que exigía el enfermo no me hubiera permitido todo lo que he hecho, pero el Padre Manuel y el Hermano Isidoro llegaron á ésta al día 1.º de Diciembre, por la tarde, y se encargaron del cuidado del enfermo, quedando yo algo libre para hacer otras cosas.

La enfermedad del Padre Ramón ha sido una fiebre de mal carácter, que llegó á ponerle en peligro de muerte y por eso le administré el día 3 por la mañana. Duró la fiebre hasta el día 6, muy subida siempre, teniéndonos en cuidado; en ese día bajó algo, al día siguiente, 7, tenía aún por la noche cerca de 39 grados, y el día de la Purísima Concepción, Patrona, como sabe, del enfermo, por ser ese Misterio su apellido de religión, amaneció libre completamente de la fiebre, y así ha seguido hasta hoy, encontrándose ya en estado de convalecencia, aunque no se levanta de la cama por la mucha debilidad en que ha quedado.

Quiero hacer notar aquí una cosa digna de mención y de que nos fijemos en ella. Sabe perfectamente Vuestra Reverencia que algunas personas nos aconsejaban que no hiciéramos nuestra expedición á Casanare, dándonos varias razones, y como razón principal, el que aquello es muy malsano y muy expuesto á calenturas. No hice caso á cuanto se decía; dispuse la expedición, y Dios Nuestro Señor, en su bondad, me ha proporcionado, con la enfermedad del Padre Ramón (que precisamente ha sido una fiebre, y fiebre maligna), lo que he de contestar á los que hablaban de calenturas en los Llanos de Casanare. Les puedo decir que también Dios Nuestro Señor manda calenturas fuera de los Llanos de Casanare, y que nuestra vida está en sus manos lo mismo allí que aquí, y en ambas partes y en todas nos la puede quitar cuando

plaza á su Divina voluntad, siempre santa y siempre justa. Estoy cierto de que si la calentura que el Padre Ramón ha tenido en Tuja la hubiera tenido en Casanare, no me hubiera faltado reconvenções; pero, por la gracia del Señor, no he sido allí sino aquí, proporcionándose con eso un medio admirable de defensa. Verdad es también que aun sin eso, poca mella nos hubiera hecho lo que pudieran decir personas que no están en situación de apreciar debidamente lo grande de nuestra empresa, y lo poco que significa la salud del hombre y aun su misma vida, si se compara con la que vale una sola alma, y con la magnífica recompensa que nos tiene Dios preparada para premiar al que por su gloria y bien de sus prójimos da su salud ó su vida. Además, esa vida así dada y sacrificada por Dios, siempre es fecunda en bienes para la Iglesia, para la sociedad y para la corporación á que pertenece el individuo. Sé que Vuestra Reverencia comprende perfectamente todo esto, y no me extiendo más sobre el particular.

Como la convalecencia del Padre Ramón ha de durar mucho, y no podemos detenernos porque perderíamos este tiempo, el más á propósito para andar por los Llanos, he llamado al Padre Marcos para que reemplazé al enfermo, y á uno de los Hermanos para que se quede aquí á cuidarlo, mientras no puede volver á nuestro Convento.

Está determinada nuestra salida de ésta para el lunes próximo, día 15.

Siga rogando por nosotras para que en todo cumplamos la voluntad santa del Señor, y quede en la seguridad de que hará lo mismo por Vuestra Reverencia, su afectísimo y menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY ENEQUIEL MORENO,

De la Virgen del Rosario.

XI

CARTA SEGUNDA

Labranzagrande, 23 de Diciembre de 1880.

Mi querido Padre Santiago:

Hemos llegado á este pueblo buenos y salvos, á Dios gracias, y habiendo de volver á Sogamoso un peón que ha venido con nosotros para llevarse las bestias que sacamos de dicho pueblo, aprovecho su vuelta para que lleve esta carta y la ponga en el correo.

Como no he podido escribir á Vuestra Reverencia desde que salimos de Tunja, por no haber tenido tiempo disponible, voy á darle cuenta de nuestro viaje desde la salida de dicha ciudad, para que nada quede por decirle.

Dije á Vuestra Reverencia en mi carta anterior, que el día 15 era el señalado para nuestra salida de Tunja. Todo, pues, se preparó para salir en ese día, y rennidos todos los expedicionarios en la Casa Episcopal, almorzámos con el Ilustrísimo Señor Obispo, é inmediatamente montámos en los caballos y nos pusimos en camino con dirección al pueblo de Tota. Nos acompañaban el señor Cura de Labranzagrande, á quien el Ilustrísimo Señor Obispo hizo quedarse en Tunja después de los ejercicios; para ese fin, un sacerdote joven, de los nuevamente ordenados, puesto á mis órdenes por el Señor Obispo para que haga la expedición con nosotros, y además, el mismo Señor Obispo con su Secretario y algunos señores Canónigos, tuvieron la amabilidad de acompañarnos una hora de camino. La despedida fue afectuosa y conmovedora, y habiendo recibido la santa bendición del Ilustrísimo Señor Obispo, nos alejamos de ellos llevando las más gratas impresiones, y llenos nuestros pechos de reconocimiento y gratitud á tantas consideraciones que se nos habían guardado,

á pesar de lo poco que valemos. Dios nuestro Señor las pague tanta bondad.

Llegámos á Tota después de tres horas de viaje, y á eso solamente se redujo nuestra jornada en ese día. Al poco rato de llegar, tuve que subir al púlpito, porque el señor Alcalde del pueblo y vecinos me suplicaron les dijera algo, si no me hallaba muy cansada. No faltaba cansancio, pero ¿quién se negaba á tal súplica! Les prediqué, pues; y ellos correspondieron con la mayor gratitud, porque además de las consideraciones que nos guardaron en aquella noche, al día siguiente el señor Cura, el señor Alcalde y varios vecinos notables nos acompañáron hasta llegar á la jurisdicción del pueblo inmediato.

Seguíamos solos nuestro viaje con dirección á Firavitoba, á donde llegámos á las tres de la tarde, después de cuatro horas de viaje. La jornada debía haber sido hasta Sogamoso, pero se presentó una dificultad y nos quedámos en dicho pueblo de Firavitoba, donde fuimos muy bien recibidos y perfectamente tratados por el señor Cura y Vicario del partido, señor doctor N. N.

A la hora de haber llegado, nos visitó el señor Cura de Sogamoso, y nos manifestó los grandes deseos que tenía de que permaneciéramos algunos días en su pueblo, para predicar y confesar. Cuando di los ejercicios al Clero en Tunja, me habló ya dicho señor Cura para que á nuestro paso por Sogamoso diéramos una misión. Yo le di entonces alguna esperanza, pero como después se retrató el viaje por la enfermedad del Padre Ramón, y urgía al venir por aquí para aprovechar por los Llanos el tiempo de secas ó de verano, como por aquí dicen, le telegrafié desde Tunja diciendo que no podíamos detenernos para dar la misión. El no cesó, sin embargo, en su santo empeño de que hiciéramos algo en su pueblo, y hubo que darle gusto y hacer algo. Se quedó con nosotros aquella noche en Firavitoba, y al día siguiente, 17, por la tarde, salimos para Sogamoso, importante ciudad, como sabe, por su vecindario numeroso y movimiento comercial.

A la hora y media de haber llegado á Sagamoso estaba yá en el púlpito dando principio á un retiro que había de durar hasta el domingo 21. La iglesia, aunque bastante capaz, se vio llena de gente, y en los días siguientes yá era pequeña para contener la multitud de fieles que acudía á los sermones. Once sermones predicámos entre los tres.

El fruto que se recogió fue copiosísimo, no bastando nueve sacerdotes que nos reunimos para oír á todos los que buscaban lavar las manchas de sus pecados en las aguas saludables de la Penitencia. Creo que aunque habiéramos estado medio mes, habría sido lo mismo. Dimos fin al retiro con una fiesta al Sagrado Corazón de Jesús, animando á los socios del Apostolado á extender el reinado de Jesucristo Nuestro Señor y á trabajar incansables para que sea honrado de todos y reine verdaderamente en los individuos, en las familias, en los pueblos y en la sociedad. La población, gracias á ese Divino Corazón, quedó verdaderamente conmovida, y cuando nos disponíamos á marchar, después del almuerzo, nos fue en extremo dificultoso montar en los caballos, porque inmensa multitud de fieles nos rodeaba por todas partes, besándonos al hábito y llorando á grito vivo! No es posible describir esos cuadros verdaderamente conmovedores y tiernos: es seguro que proporcionaron un mal rato á los enemigos de nuestra religión sacrosanta, que por desgracia no faltan en Sagamoso, según informes que me dieron. Exceso decir que nuestras lágrimas se mezclaban con las de aquellos buenos fieles, y que nos alejámos de ellos suplicando al Señor les llenara de bendiciones y gracias. ¡ Bendito retiro y bendito sea Dios, Autor de todo bien !

Salimos de Sagamoso acompañados del buen anciano General Sarmiento y Reverendo Padre Becerra, franciscano. El señor Cura y Coadjutor no nos acompañaron porque preferimos el que se quedaran confesando la mucha gente que quedaba dispuesta. Tomámos el camino de Monguí, de donde es Cura el dicho Reverendo Padre, al mismo tiempo que Prior del bonito Convento que allí tienen los Padres franciscanos.

Llegamos á las tres de la tarde, y, después de descansar un rato, bajámos á la iglesia á cantar una Salve á Nuestra Señora de Monguí, imagen muy venerada en dicho pueblo, y muy visitada por los fieles de muchísimos pueblos, que le hacen promesas en sus necesidades, y van á cumplirlas al pie de su altar. Los fieles se fijan sólo en Nuestra Señora, pero el cuadro representa la Sagrada Familia. Es una buena pintura, como regalo que es á donación del Gran Rey Felipe II, según me dijeron. La iglesia es de tres naves, y muy capaz, con media naranja y bonita fachada.

Después de cantada la Salve, montámos en los caballos, y salimos de Monguí con un aguacero que puso malísimas las pendientes crestas que se tienen que subir y bajar para llegar á Mongua, término de nuestra jornada en aquel día. Llegamos á las seis de la tarde, y como el pueblo tenía noticia de nuestra llegada y esperaba que las predicásemos, al poco rato subió el Padre Manuel al púlpito, y los demás nos ocupámos en confesar. Por la mañana celebrámos el santo sacrificio de la Misa, y yo les prediqué otro sermón, á petición del señor Cura, por más que no pensaba hacerlo, porque las bestias estaban ya ensilladas, y la jornada que íbamos á hacer era larga.

Salimos á las nueve de la mañana acompañados del señor Cura, y pasámos el día subiendo y bajando montes, hasta las cinco de la tarde, que llegámos á Chachín, que yo creía sería algún barrio con algunas casas, y no es más que un pequeño rancho con una capilla que levantó el actual Cura de Labtanzagrande, porque cuando viaja se ve precisado á pernoctar en dicho punto para dividir la gran distancia que hay hasta Mezqua. Cenámos lo que nos dieron, y después principiámos á arreglar camas, utilizando los sudaderos de los caballos, pieles de oveja que había por allí, y alguna estera. Las botas de montar sirvieron á algunos para almohadas, y todos dormimos admirablemente porque estábamos cansados y con mucho sueño.

Al día siguiente, 22, después de haber celebrado el santo

sacrificio de la Misa en la capillita y tomado un pequeño almuerzo, nos pusimos en marcha á las nueve de la mañana. A las tres horas de camino llegamos á jurisdicción de Labranzagrande, dándonosle á conocer un bonito arco de ramaje y flores que había levantado en la divisoria. Seguimos andando, y encontrando con frecuencia arcos parecidos al primero, pero todos hermitísimos, porque abundan las flores por todos estos campos y son hermosísimas y muy variadas en sus formas y colores. Entre una y dos de la tarde nos hicieron entrar en una casa donde nos tenían preparada una buena comida, que no despreciámos porque ya los estómagos pedían algo. Animadas con eso las bestias, como decía un señor doctor compañero, seguimos nuestro camino, y á la media hora nos encontramos con el señor Alcalde de Labranzagrande y unos treinta señores más, de lo más notable del pueblo, que salieron á recibirnos. Uno de ellos pronunció un sentido discurso dándonos la bienvenida y manifestando la alegría y contento con que nos recibían; yo contesté con otro; á éste siguió otro del señor Cura, y en seguida nos pusimos en marcha entre el humo, chispas y ruidos que producían multitud de cohetes que iban disparando delante de nosotros. Así entráramos en la población cuyas calles estaban llenas de gente que se arrodillaba á nuestro paso. El señor Cura me decía que todo aquello era para nosotros ó por nosotros; yo le decía que era para él ó por él, pero en el momento se me ocurrió la idea de que todo aquello era por Dios, y para Dios y así se lo dije al doctor y al mismo Dios, á quien todo lo referí y ofrecí: *Soli deo honor et gloria.*

Estamos ya, pues, en Labranzagrande, antiguo curato de nuestra corporación, permutado por un Reverendo Padre Provincial, por Santa Rosa de Tucumán de ese Arzobispado, por los años treinta y tres ó treinta y cuatro, si mal no recuerdo. Como no he hablado aún con nadie en este pueblo, no sé si los ancianos conservarán aún recuerdos de los Padres Chodalaricos, pero indudablemente que los conservarán, porque según he sido decir á Nuestro Padre Victorino, él estuvo por aquí no hace mucho con el Señor Doctor Parra, hoy Ilus-

traímo Señor Parra, Obispo de Pamplona, para ver al Padre Parra, hermano de dicho Ilustrísimo Señor Obispo y Religioso de nuestra Corporación.

Mañana por la noche daremos principio á la santa misión en este pueblo, y cuando concluyamos iremos á Nunchía á dar otra, y después á Marroquín, Maní, Santa Elena y Orocué. Perdemos unos días con ir á Nunchía, pero el señor Cura de aquí tiene empeño en que vayamos antes de ir á Orocué, y quiero complacerle, porque bien lo merecen los servicios que nos está prestando y los que aún nos prestará, pues hará con nosotros toda la expedición.

Están todos estos pueblos de los Llanos sin Cura, y aunque nuestro principal objeto al venir por aquí, es visitar las tribus salvajes, no se puede menos de hacer lo que se pueda en esos pueblos que llevan ya años sin sacerdote. Hoy ha recibido el señor Cura una carta de Maní, en la que una señora le suplica por Dios, la Virgen y todos los Santos, que haga por visitarlos, porque llevan ya cinco años sin que haya llegado sacerdote por aquel pueblo. ¡Qué sorpresa tan agradable será la suya cuando vea que llegamos todos nosotros! Si Dios Nuestro Señor nos da salud, creo que nuestra correría ha de ser muy provechosa á las almas. Nos esperan privaciones, calor, cansancio, sufrimientos mil, pero todo se puede dar por bien empleado en vista de las grandes necesidades espirituales que hay por aquí, y de la mucha gloria que se puede dar á Dios Nuestro Señor. Después de haberle ofendido, ningún sacrificio se le puede ofrecer más grato á sus ojos, que más le mueva á misericordia y más asegure nuestra salvación. *Aníman salvastí, aníman tuan predestinastí*, dice Nuestro Gran Padre San Agustín.

Aunque antes hice mención del Reverendo Padre Becerra, nada he dicho de lo atento, servicial y en extremo afable que estuvo con nosotros, y mereciendo de justicia un recuerdo, se lo dedico con el mayor gusto. En el rato que pasámos en su Convento, todo le parecía poco para obsequiarnos, y al marcharnos, aunque le rogamos que se nos acompañara porque la tarde estaba lluviosa y mala, no pudimos conseguir que se quedara. Nos acompañó hasta Mongua, y allí nos dio una por-

ción de cosas que había llevado en su caballo, y que nos sirvieran admirablemente en el viaje. Todo esto nos iba llenando de cariño hacia él, pero ese cariño se aumentó y llegó á la ternura, cuando al preguntar yo por él, á última hora, me dijeron: "Se ha marchado, porque estaba muy conmovido y no ha tenido valor para despedirse." Nuestra buena Señora de Monguí le pague todo y haga cada día su corazón más bueno y agradable á Dios!

No sé cuándo podré escribirle otra: aprovecharé la ocasión que se presente. Mientras, ruegue mucho por su afectísimo y menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY EZEQUIEL MORENO,

De la Virgen del Rosario.

XII

CARTA TERCERA

Labranzagrande, 8 de Enero de 1891.

Mi querido Padre Santiago:

Estamos ya listos para salir mañana de esta población, y quiero dejar esta carta para que se la lleve el correo y tenga noticias de nosotros. No sé si el correo quiera llevarla; y digo esto, porque el correo no ha querido traernos los directorios de rezos y cartas que me mandó de ésa, hace diez y nueve días, según me decía el telegrama que recibí en Sogamoso. Mas, suceda lo que sucediere, escribo ésta porque ahora hay alguna probabilidad de que llegue á su mano, y en saliendo de aquí ya no hay medio de poder decirle nada; nos meteremos en Casanare y ni nosotros sabremos del mundo, ni el mundo de nosotros, porque en ese territorio inmenso no hay correos, según me dicen.

Nos veremos precisados á comunicarnos con sólo el Cielo, y no deja de ser una ventaja inmensa para los que aspiramos únicamente á aquella patria de eterna dicha.

Le decía en mi última (que no sé si habrá recibido), que llegámos á ésta el 23 del pasado mes y año, y que nos recibieran con tales demostraciones de regocijo, que dudo puedan hacerlas mayores cuando veaga el Prelado de la Diócesis ó el Presidente de la República, si llegara á ocurrirle el venir por aquí. Dado que llegámos no hemos cesado un solo momento de trabajar en nuestro ministerio. El púlpito y el confesionario nos han ocupado de continuo, excepto los ratos que hemos tenido que dedicar al rezo y comida. Queda dicho con esto que nuestros trabajos han sido fructuosos, gracias á Dios Nuestro Señor, porque en quince días de confesionario algunas gentes se pueden confesar. ¡Benditas misiones que tanto bien hacen en todas partes!

Algo hemos ya sudado porque nos hallámos en tierra de plátanos, pero no ha sido más que una preparación para la que nos espera. El termómetro tan sólo ha subido á 28 grados, el día de más calor; por las mañanas ha bajado hasta 15.

Nuestra salida mañana es para Marroquín, donde permaneceremos tres días ó cuatro, si encontramos gentes á quienes predicar y confesar. De Marroquín saldremos con dirección á Masú, pequeño pueblo donde también daremos una pequeña misión. Seguiremos después á Santa Elena, donde haremos lo mismo, y después iremos á Orocné.

De Orocné es lo regular salgámos embarcados, navegando por el Meta hasta llegar á Cravo, punto en el que fijaremos regularmente nuestra residencia, porque nos han dado muy buenos informes de él; pero como hasta ahora no lo conocemos más que por informes, no puedo decir con seguridad si será el escogido para residir. La navegación de Orocné á Cravo será de cinco días, según dicen.

Nada más de particular tengo que comunicarle en ésta. Saludes de los Padres y Hermano, y lo que quiera de su afectísimo menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY EZEQUIEL MORENO,

De la Virgen del Rosario.

XIII

CARTA CUARTA

Marroquín, 9 de Enero de 1891.

Mi querido Padre Santiago:

Dejé en Labranzagrande una carta escrita en la que le decía que no llegando los correos más que á dicho pueblo, no podía ya mandarle más cartas; pero hoy sale un señor de aquí para Labranzagrande, y aprovecho su salida para mandar ésta y seguir ó continuar mi relación de viaje.

Salimos de Labranzagrande el día 7, como se había determinado, y salimos con todos los arcos de un calentao llanero, ó sea, con nuestra ruana blanca, con la hamaca colocada en las correas de la silla, y nuestro cucho ó cuerno amarrado con una cuerdecita, algo larga, para poder coger agua en los caños, sin necesidad de desmontarse: se deja caer el cuerno al río, se llena de agua y se sube con la cuerdecita.

El señor Alcalde de Labranzagrande y algunos vecinos principales nos acompañaron hasta un sitio llamado *Salina*, donde se despidieron de nosotros dándonos algunas cosas de bucólica, que nos servirán por los Llanos.

Seguimos nuestro viaje, y á las dos y media de la tarde llegamos á una casa situada en un terreno llamado *Fiscocho*, donde confesé á una enferma, y esperémos las bestias de carga, para ir con ellas por unos pasos llamados *Los barras*, por si ocurría algún contratiempo desagradable. Esos pasos son, en efecto, peligrosos por ser estrechos y tener á la derecha un horrible precipicio, y á la izquierda un monte de piedra cortado perpendicularmente. En la piedra del monte han hecho unos agujeros, en ellos han metido unos maderos, y, con otros superpuestos, han formado el camino. Si en esos trechos de camino se encuentran dos bestias en dirección opuesta, es muy difícil el que puedan pasar, y como no hay á dónde retirarse, al menor descuido se rueda por el precipicio y se va á

dar al río, que por esa parte toma ya el nombre de El Cravo. Nosotros pasamos dos primeros trechos sin darnos cuenta del peligro, porque no lo conocíamos, y todos ellos sin novedad, porque no encontramos gente que viniera en dirección opuesta.

Esperando que llegaran las cargas, nos retrasó el viaje, y la noche se echó encima una hora antes de llegar á Marroquín, pero el camino era ya bastante bueno y se anduvo sin novedad, excepto un pequeño barranco donde tuvimos que encender fósforos para pasarlo, porque las bestias no veían, por haber mucho bosque que impedía el paso de la luz de las estrellas. Llegamos á las siete y media, y después de rezar y tomar una mazamorra, se guindaron las hamacas en la única habitación que tenemos, y nos acostamos aun antes de lo que se pensaba, porque nos quedamos sin luz: un perrito se comió tres velas de sebo que teníamos, mientras nosotros cenábamos la mazamorra.

Pasamos la noche bastante bien, y después de encomendarnos á Dios, el doctor Medina, que nos acompañaba, y los Padres Manuel y Marcos se pusieron á hacer hostias para celebrar, porque no había. Trabajaron mucho pero no pudieron sacar más que dos regulares y sólo celebramos dos Misas. El Hermano Isidoro las hubiera hecho pronto y bien, pero estaba algo delicado y no le permití levantarse.

Hay poca gente en el pueblo, y he predicado hoy, 8, á unas cuarenta personas. El calor se ha sentido algo, marcando el centígrado 30½°.

Día 9. — El Hermano Isidoro hizo hostias pronto y bien, y hemos celebrado todas y dado unas treinta comuniones. Va llegando bastante gente de los barrios, anunciando que llegará muchísima misa.

Tenemos las manos hinchadas por las picaduras de los mosquitos, que por aquí llaman arroceras; no sabemos lo que harán los de los Llanos y río Meta.

Hay en este pueblo unas veinte casas, todas de paja, una mediana iglesia, techada también de paja y bastante vieja, y un ranchito que es el que habitamos y que dicen que es la Casa cural. Esta noche escucharon al sermón unas sesenta per-

sonas, y éstas dicen que no han avisado á las gentes de los barridas y que por eso no han venido. Es lo regular que salgamos de aquí el domingo después de la Misa, ó á lo más tardar el lunes. Si á donde vamos se presenta ocasión de poder mandar alguna carta á Labranzagrande, no la dejaré perder.

Saludes de todos, y lo que quiera de su afectísimo y menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY EZEQUIEL MORENO,

De la Virgen del Rosario.

XIV

Está establecido y determinado por Dios que los hombres mueran, ley del pecado que llega á cada uno y que se cumple inexorable: por esto el prohombre de la restauración de la Provincia de La Candelaria, el Reverendísimo Padre Fray Gabino, de quien ya se tiene noticia, no nos podía durar siempre en la tierra; llególe la hora de partir para la eternidad, y murió en el Señor, como había vivido, el día 20 de Enero de 1891. Yá se saben, pues quedan escritos en el parágrafo XI del capítulo 1.º, sus principales datos biográficos; sin embargo, para que mejor sea conocido, prometemos, confiando en Dios, darle á conocer más por extenso con una biografía completa en *La Galería de Padres ilustres* con que nos proponemos enriquecer el volumen II.

Sustituyó en el cargo, como se verá por el documento que va en seguida, el Muy Reverendo Padre Fray Migo Narro de la Concepción, Religioso modelo, que ha desempeñado honrosísimos cargos en la



Pmo. A. Fr. Inigo Nava.

Corporación, y cuya biografía completa nos prometemos poder hacer, Dios mediante, en el volumen II, pues hoy no tenemos todos los datos exactos.

La sagrada Congregación de Obispos y Regulares expidió en Roma un Decreto, fecha 12 de Febrero de 1891, firmado por el Excelentísimo Señor Cardenal Prefecto y refrendado por el Ilustrísimo Señor Obispo Secretario, que, traducido del latín al castellano, dice así:

"Decreto: Habiendo quedado vacante el cargo de Comisario General Apostólico de la Orden de ermitaños descalzos de San Agustín, de la Congregación de España é Indias, por muerte del Padre Gabino Sánchez de la Concepción, Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, consideradas las especiales circunstancias, determinó proveer con solícitud al Gobierno de la citada Congregación con el nombramiento de nuevo Padre Comisario General. Por lo cual, Su Santidad, habiendo considerado cuidadosamente el asunto en audiencia tenida con el infrascrito Secretario, el día 30 de Enero de 1891, se dignó nombrar, designar y constituir, á voluntad y beneficio de la Santa Sede, al Reverendo Padre Illego Narro de la Concepción, residente en Madrid, para Comisario General Apostólico de la predicha Orden de ermitaños descalzos de San Agustín, de la Congregación de España é Indias, y por el presente decreto, este mismo Religioso queda nombrado, designado y constituido Comisario General Apostólico de la citada Congregación, confiriéndole todas y cada una de las facultades de que estaban investidos por las Constituciones de la Orden los Superiores Generales en España, dándole, además, potestad de nombrar Provinciales y Definidores Generales fuera de Capítulo, y concediéndole también todas las facultades extraordinarias que le fueron concedidas por la Sede Apostólica al difunto Comisario Padre Gabino

Síguese en Decreto del 28 de Marzo de 1862. No obstante nada en contrario.

"Dado en Roma, en la Secretaría de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, día 12 de Febrero de 1861.

"D. CARD. VERGA Prefecto *Fray Luis*, Obispo de Calabria, Secretario."

Este Decreto, copiado en latín fielmente de su original, nos fue comunicado de orden superior por el Reverendo Padre Fray Eustaquio Moreno del Rosario, Pro-Secretario General, y desde el momento en que lo recibimos, tuvimos, con positiva satisfacción de nuestras almas, por Comisario General Apostólico de nuestra Orden, y por consiguiente por nuestro Padre Superior, al Reverendísimo Padre Inigo Narro de la Concepción, cuyos méritos, virtudes y especiales dotes me reservo relatar en otra ocasión, según queda ya indicado.
